

CUENTO N° 197

TÍTULO: AL OTRO LADO DE LA PUERTA

SEUDÓNIMO: ERÉNDIDA

AUTORA: CLAUDIA VALERIA SUTULOV BAEZA

Al otro lado de la puerta

*La piedad desciende hasta una cierta altura,
pero no más abajo. Simone Weil.*

Se le ha quemado la piel en amarillo dice mientras camina por el paisaje lunar. Respira hondo, intenta que las bocanadas arenosas no atasquen sus alveolos. Hace días que los ve, han tomado maña, así decía su madre. También la ha escuchado. Se esmera por acompañarla pero no le dará oportunidad. Ha comprado cerrojos, una chapa de doble cerradura. Sigue su camino. Avanza en ese trayecto nómada, se toma el mechón de pelo que le molesta, lo aquieta tras su oreja derecha. No cabe más que decirles a todos ellos que la abandonaron que muerdan el polvo mientras se sienta en medio de la nada en una silla pintada de azul con flores blancas. Escucha su cansancio, silba en sus oídos, late, pero tiene que seguir. Toma aliento, escaso es lo que entra, escasa como su vida en ese departamento clausurado a otros. Sí porque ellos no saben de los perros vagabundos que olisquean las esquinas, no saben de los ebrios y sus orines, no saben de María que le sonrío diente por medio cada noche con su plato esmaltado. No quieren saber. Por eso les guarda tarjetas de alimentos, calendarios, calcetines de lana, recortes de diarios. La noche los encuentra. Pero ahora la noche no quiere terminar, se resiste a la luz, pero quién querría luz ahora que el polvo insiste y es tan difícil traer aliento al cuerpo. Se asusta, abre los ojos, se encandila. El sabor del miedo está en su boca, remueve la lengua, choca con algo metálico. Cierra los ojos, los vuelve a abrir. Blanco, blanco. Gira la cabeza, aparece una figura, no la descifra bien.

Señora Rebeca, ¡qué bueno que despierta! A ver dígame ¿me escucha? Claro que la escucha, ¿desde cuándo estaría sorda? Pero, ¿para qué responder? Prefiere mirarla en blanco, no ve bien, no tiene ganas. Señora Rebeca está en la Posta, no se asuste está todo bien, su sobrina la encontró inconsciente en su departamento. Piensa, ¡qué metiche, cómo se atreve a entrar, nadie tiene mi permiso! La enfermera le habla con dulzura, Señora Rebeca por favor dígame si me escucha, no hace falta que hable, mueva su mano y entenderé. La trajeron en una ambulancia, lleva seis días aquí. No se preocupe, está bien cuidada. Pronto se recuperará. Siempre supo que le harían una jugada sucia, que la encerrarían, seguro que la están envenenando. Intenta moverse, el cuerpo le duele como si la hubieran apaleado. ¿Cómo pudieron hacerle esto, después de todo lo que ha hecho por ellos? Pero no se rendirá. Señora Rebeca, ¿me escucha? De seguro se siente muy cansada. Tiene COVID y neumonía, por suerte su sobrina la encontró a tiempo y la trajo para acá.

Rebeca abre los ojos, ve borroso, le cuesta creer lo que le dicen y sin embargo a pesar de ella, se le asoman unas lágrimas. Intenta hilvanar palabras pero se le quedan atascadas. *¿COVID? Sí, Señora Rebeca le responde la enfermera. Como le dije no se preocupe, la ayudaremos a recuperarse. Pronto el doctor vendrá a evaluarla.* La enfermera le toma las manos, le hace cariño, siente una textura extraña y le dice, *más tarde hablaremos, descanse no más, lo importante es que ya despertó.*

Rebeca siente que le duele respirar, su mente parece divagar, busca conectar las palabras con las ideas, se agita. Le llegan palabras sueltas en las que se pregunta quién sería que la fue a buscar mientras algo en ella respira alivio.

En el WhatsApp de los sobrinos de Rebeca se encienden las alarmas. Valeria les cuenta que hacía días que no sabía de ella así es que decidió consultar en conserjería. Revisaron las cámaras y Rebeca aparecía ingresando a su departamento

el viernes. Habían pasado ya tres días. Fue a verla y como no abría la puerta tuvo que pedir ayuda a un cerrajero. La encontró botada, inconsciente en el dormitorio de su departamento. Llamó a la ambulancia y se la llevaron a la Posta.

Valeria pregunta *¿qué vamos a hacer?* Con una cierta lentitud empiezan a responder. Cada uno lamenta lo sucedido, aparecen exclamaciones, *qué triste, no lo puedo creer, puchas es que no quería vacunarse, tan llevada de su idea. Tantas veces que le dijimos que se cuidara, que usara mascarilla. Yo, dice un sobrino, le ofrecí un celular pero no quería nada. Otro agrega, yo la llamaba de vez en cuando a su departamento pero había que tenerle harta paciencia. ¿Entró por emergencia? Sí, responde Valeria, yo creo que vamos a tener que coordinarnos. Uds. saben que Rebeca es sola y va a necesitar de nuestra ayuda. Un sobrino responde, lo siento Vale pero estoy cesante así es que no cuentas conmigo, apenas puedo mantener a mi familia con lo que me queda de la indemnización. La sobrina mayor replica, yo ya cuidé a mi mamá y no me queda energía para cargar con otra enferma. Ahora me toca vivir a mí. Valeria intenta mantener la calma, envía un nuevo mensaje, entiendo que cada uno tiene sus problemas, yo también tengo los míos pero empecemos por algo simple, ¿qué tal hacer un fondo para apoyarla económicamente? Y si no pueden poner dinero, podemos ir a verla, eso no es tan difícil. Un silencio helado se instala en el WhatsApp. Pasan los días y nadie dice algo. Valeria retoma el chat, *oigan necesito que me respondan, yo cuido a mi papá postrado y ya no doy más. ¿Quién puede hacer algo por Rebeca?**

Rebeca empieza a recuperar la conciencia, lentamente se le ordenan las ideas. El doctor la visita y le dice, *Ud. es muy fuerte, ha resistido bien la enfermedad. Qué bien que su sobrina se haya preocupado. La llamaré más tarde para que ver qué va a hacer porque van a pasar meses hasta que se pueda recuperar completamente y necesitará vivir acompañada.*

Eréndida